

La relación entre el «cuñadismo» pandémico y el efecto Dunning–Kruger. Una aproximación desde la psicología social

Carlos Conde Arranz

Vivimos tiempos líquidos (en términos de Zygmunt Bauman), unos tiempos caracterizados fundamentalmente por la fragilidad de los referentes, la volatilidad del conocimiento y la hipertrofia de la opinión basada en gran medida en una gran ignorancia voluntaria. En este contexto, la estupidez humana y el denominado «cuñadismo pandémico» parecen haber alcanzado índices de prevalencia preocupantes, hasta el punto de adquirir rasgos cuasi normativos. Paradójicamente, su única dificultad diagnóstica reside en el número: cuando el fenómeno se generaliza, deja de percibirse como desviación y pasa a integrarse en la normalidad estadística.

Diferentes autores han abordado este fenómeno desde perspectivas distintas, pero complementarias. Aaron James, en su célebre obra “Assholes: a stupidity Theory” (2012), sostiene que la estupidez, entendida no como déficit intelectual, sino como una disposición relacional, se manifiesta de forma omnipresente en la vida cotidiana: en el trabajo, en el ámbito familiar, en el espacio público y, de forma especialmente intensa, en la esfera política y mediática. El “imbécil moral”, afirma James, no duda de su legitimidad para imponer su punto de vista, mostrando una decidida impermeabilidad a la crítica y a la evidencia.

En la misma línea, Cebriá y Cabré publicaron en “JANO. Humanidades

Médicas” (2005) un provocador artículo, “*La estupidez perjudica seriamente la salud*”, en el que afirmaban que “*probablemente la estupidez sea la primera causa de sufrimiento en nuestra especie, por delante de las enfermedades o de la maldad*”. Esta afirmación, lejos de ser una exageración, apunta a un hecho clínicamente reconocible: una parte importante del malestar psicológico que llega a consulta no se encuentra en fenómenos psicopatológicos graves, sino en la exposición prolongada a dinámicas relacionales marcadas por la torpeza cognitiva, la rigidez mental y la arrogancia ignorante de terceros.

Las redes sociales han actuado como un amplificador sin precedentes de este fenómeno. Cada día emergen nuevos “cuñados”, convencidos omniscientes, opinadores universales que suelen introducir sus sentencias con fórmulas del tipo: “*A ver, te lo voy a explicar...*”. Aprendices de todo y maestros de nada, despliegan una seguridad epistémica inversamente proporcional a su competencia real. Frente a ellos, la retirada estoica suele ser la única estrategia viable: debatir con un “cuñado” no solo resulta estéril, sino profundamente desgastante, pues como señalara Charles Darwin, “la ignorancia genera más confianza que el conocimiento”.

Este patrón alcanza una expresión especialmente llamativa cuando se refiere

a la psicología y la psicoterapia. No es infrecuente escuchar afirmaciones como: “yo no necesito ir a ningún psicólogo; yo soy mi propio psicólogo”. Tales declaraciones no son fruto de la autonomía emocional, ni un ejercicio de introspección madura, sino una forma de “ilusoria autosuficiencia cognitiva”, ampliamente estudiada en psicología social, un esquema extendido en multitud de ámbitos.

El efecto Dunning–Kruger: incompetencia metacognitiva y sobreconfianza

La relación entre estupidez, vanidad y sobreestimación de las propias capacidades fue descrita empíricamente por David Dunning y Justin Kruger, psicólogos y profesores en la Universidad de Cornell (New York), en su trabajo publicado en el “Journal of Personality and Social Psychology” (1999). El denominado “efecto Dunning–Kruger” no se refiere particularmente a “*personas poco inteligentes*”, sino a un déficit mucho más específico: “*la incapacidad metacognitiva para reconocer los propios límites*”, lo que en lenguaje mucho más vulgar podríamos denominar “cuñadismo”.

En su investigación, los autores demostraron que los individuos estúpidos resultan incapaces de reconocer las habilidades de los demás, mientras que tienden a sobreestimar las propias, llegando a conclusiones erróneas y tomando decisiones desacertadas. Dunning y Kruger realizaron un experimento en el que midieron las habilidades intelectuales y sociales de una muestra de estudiantes. Paralelamente les pedían a los participantes que estimasen cuáles iban a ser los resultados. Invariable y reveladoramente, los más mediocres estimaban encontrarse por encima de la

media y esperaban unos resultados que avalasen sus expectativas, mientras que los más brillantes estimaron que se encontrarían por debajo de la media estadística resultante. Obviamente, los resultados reales no confirmaban las hipótesis de los participantes. Este fenómeno, no explicado exclusivamente por un narcisismo en sentido clínico, sino por una falta de capacidad para reconocer los errores propios, es lo que Dunning describió posteriormente como una forma de “incompetencia epistémica autorreforzada” (Dunning, 2011). En otras palabras: para reconocer que uno se equivoca, primero hay que saber lo suficiente como para entender por qué está equivocado.

Investigaciones posteriores realizadas por Pennycook (2017) y Anson (2018) han replicado y matizado el efecto, señalando que se intensifica en contextos de alta carga ideológica, baja rendición de cuentas y exposición a entornos que refuerzan la autoafirmación acrítica, tal como sucede en las redes sociales (Pennycook et al., 2017; Anson, 2018).

Cipolla y la estupidez como fenómeno estructural

Desde una perspectiva más sociológica e histórica, Carlo Cipolla, historiador y profesor de diversas universidades italianas, así como en la Universidad de Berkeley hasta 1991, enunció en su obra “Las leyes fundamentales de la estupidez humana” (1976/2013), cinco leyes fundamentales relacionadas con la estupidez y su índice de prevalencia poblacional:

1. Siempre e inevitablemente, cada uno de nosotros subestima el número de individuos estúpidos que circulan por el mundo. “*Stultorum infinitus est numerus*”, afirma

la Vulgata (traducción de la biblia al latín, a cargo de San Jerónimo en el siglo IV).

2. La probabilidad de que una persona determinada sea estúpida es independiente de cualquier otra característica de la misma persona, incluso su nivel “educativo”, que no cultural.

3. Una persona estúpida es una persona que causa un daño a otra persona o grupo de personas, sin obtener al mismo tiempo un provecho para sí, o incluso obteniendo un perjuicio.

4. Las personas no estúpidas subestiman siempre el potencial nocivo de las personas estúpidas. En tanto que al malvado le vemos venir, el estúpido es más imprevisible.

5. La persona estúpida es el tipo de persona más peligrosa que existe, incluso más que el malvado.

Estas leyes concuerdan de forma notable con el efecto Dunning–Kruger: ambos describen sujetos que operan con “certeza subjetiva y ausencia de conciencia de daño”, lo que los convierte en agentes particularmente desorganizadores a nivel social y relacional.

No es casual que el lector de este artículo, al recorrer estas descripciones, tienda a identificar rápidamente ejemplos en su entorno. Lo verdaderamente inquietante (y aquí Cipolla es especialmente lúcido) es la dificultad para reconocerse a uno mismo dentro de dicha categoría, lo que convierte a la estupidez en un fenómeno autorreferencialmente ciego.

Conclusión

Más que una categoría diagnóstica futura (quién sabe si en el próximo DSM-VI) la

estupidez contemporánea parece constituir un “problema de salud relacional colectiva”, alimentado por la sobreexposición a opiniones no cualificadas, la devaluación del conocimiento experto y la ilusión de competencia universal. Comprender el efecto Dunning–Kruger no solo nos permite identificar el “cuñadismo pandémico”, sino también introducir una saludable dosis de duda epistemológica sobre nuestras propias certezas. Porque, en última instancia, el verdadero antídoto contra la estupidez no es ya la inteligencia, sino la “conciencia de los propios límites”.

Referencias

- Anson, I. G. (2018). “Partisanship, political knowledge, and the Dunning–Kruger effect”. *Electoral Studies*, 56, 119–122.
- Bauman, Z. (2000). “Modernidad líquida”. Tusquets.
- Cebriá, J., & Cabré, J. (2005). “La estupidez perjudica seriamente la salud”. *JANO. Humanidades Médicas*, 68, 52–56.
- Cipolla, C. M. (2013). “Las leyes fundamentales de la estupidez humana”. *Crítica*.
- Dunning, D. (2011). “The Dunning–Kruger effect: On being ignorant of one’s own ignorance”. *Advances in Experimental Social Psychology*, 44, 247–296.
- Dunning, D., & Kruger, J. (1999). “Unskilled and unaware of it”. *Journal of Personality and Social Psychology*, 77(6), 1121–1134.

James, A. (2012). *“Assholes: A theory”*. Doubleday.

Marina, J. A. (2004). *“La inteligencia fracasada”*. Anagrama.

Marmion, J.-F. (2019). *“La psicología de la estupidez”*. Alianza Editorial.

Pennycook, G., Cheyne, J. A., Barr, N., Koehler, D. J., & Fugelsang, J. A. (2017). *“On the reception and detection of pseudo-profound bullshit”*. *Judgment and Decision Making*, 10(6), 549–563.

Carlos Conde Arranz
Psicólogo sanitario y forense.



The relationship between pandemic "cuñadismo" and the Dunning–Kruger effect. An approach from social psychology

Carlos Conde Arranz

We live in liquid times (in Zygmunt Bauman's terms), times characterised fundamentally by the fragility of references, the volatility of knowledge and the hypertrophy of opinion based largely on wilful ignorance. In this context, human stupidity and so-called pandemic "cuñadismo"¹ (brother-in-law syndrome) seem to have reached worrying levels of prevalence, to the point of acquiring quasi-normative traits. Paradoxically, the only difficulty in diagnosing it lies in its numbers: when the phenomenon becomes widespread, it is no longer perceived as a deviation and becomes part of statistical normality.

Different authors have approached this phenomenon from different but complementary perspectives. Aaron James, in his famous work *Assholes: A Theory of Stupidity* (2012), argues that stupidity, understood not as an intellectual deficit but as a relational disposition, manifests itself ubiquitously in everyday life: at work, in the family sphere, in public spaces and, particularly intensely, in the political and media spheres. The "moral imbecile", James asserts, does not doubt his legitimacy in imposing his point of

view, showing a determined imperviousness to criticism and evidence.

Along the same lines, Cebriá and Cabré published a provocative article in *JANO. Humanidades Médicas* (2005) entitled *"Stupidity seriously damages health"*, in which they stated that *"stupidity is probably the leading cause of suffering in our species, ahead of disease or evil"*. This statement, far from being an exaggeration, points to a clinically recognisable fact: a significant part of the psychological distress that comes to consultation is not found in serious psychopathological phenomena, but in prolonged exposure to relational dynamics marked by cognitive clumsiness, mental rigidity and the ignorant arrogance of others.

Social media has acted as an unprecedented amplifier of this phenomenon. Every day, new "brothers-in-law" emerge, convinced they are omniscient, universal opinionators who often introduce their pronouncements with phrases such as, *"Let me explain..."* Apprentices of everything and masters of nothing, they display an epistemic confidence inversely proportional to their actual competence. In the face of them, stoic withdrawal is often the only viable strategy: debating with a "know-it-all" is not only futile, but deeply exhausting, for as Charles Darwin pointed out, "ignorance breeds more confidence than knowledge".

¹ N.T. In Spanish, "cuñado" means brother-in-law. But when the author says "cuñadismo", he's using a colloquial way of referring to that "wise guy" who, at a dinner, argues with a physicist about dark matter, with a coach about soccer, and with a bishop about theology. And he's always right.

This pattern reaches a particularly striking expression when it comes to psychology and psychotherapy. It is not uncommon to hear statements such as: "I don't need to go to a psychologist; I am my own psychologist." Such statements are not the result of emotional autonomy, nor an exercise in mature introspection, but rather a form of "illusory cognitive self-sufficiency", widely studied in social psychology, a pattern that is widespread in many fields.

The Dunning–Kruger effect: metacognitive incompetence and overconfidence

The relationship between stupidity, vanity and overestimation of one's own abilities was empirically described by David Dunning and Justin Kruger, psychologists and professors at Cornell University (New York), in their paper published in the *Journal of Personality and Social Psychology* (1999). The so-called "Dunning–Kruger effect" does not refer particularly to "*unintelligent people*", but to a much more specific deficit: "*the metacognitive inability to recognise one's own limitations*", which in much more colloquial language we could call "brother-in-law syndrome".

In their research, the authors demonstrated that stupid individuals are unable to recognise the abilities of others, while tending to overestimate their own, leading them to draw erroneous conclusions and make poor decisions. Dunning and Kruger conducted an experiment in which they measured the intellectual and social abilities of a sample of students. At the same time, they asked the participants to estimate what the results would be. Unsurprisingly and revealingly, the most mediocre estimated themselves to be above average and expected results that

would confirm their expectations, while the most brilliant estimated that they would be below the resulting statistical average. Obviously, the actual results did not confirm the participants' hypotheses. This phenomenon, which cannot be explained solely by narcissism in the clinical sense, but rather by a lack of ability to recognise one's own mistakes, is what Dunning later described as a form of "self-reinforcing epistemic incompetence" (Dunning, 2011). In other words, in order to recognise that one is wrong, one must first know enough to understand why one is wrong.

Subsequent research by Pennycook (2017) and Anson (2018) has replicated and refined the effect, noting that it intensifies in contexts of high ideological bias, low accountability, and exposure to environments that reinforce uncritical self-affirmation, such as social media (Pennycook et al., 2017; Anson, 2018).

Cipolla and stupidity as a structural phenomenon

From a more sociological and historical perspective, Carlo Cipolla, historian and professor at various Italian universities, as well as at the University of Berkeley until 1991, outlined five fundamental laws related to stupidity and its prevalence in the population in his work "*The Fundamental Laws of Human Stupidity*" (1976/2013):

1. Always and inevitably, each of us underestimates the number of stupid individuals circulating in the world. "*Stultorum infinitus est numerus*", states the Vulgate (Latin translation of the Bible by St. Jerome in the 4th century).
2. The probability that a given person is stupid is independent of any other

characteristic of that person, including their level of "education", not culture.

3. A stupid person is someone who causes harm to another person or group of people without gaining any benefit for themselves, or even suffering harm.

4. Non-stupid people always underestimate the harmful potential of stupid people. While we can see the evil person coming, the stupid person is more unpredictable.

5. The stupid person is the most dangerous type of person there is, even more so than the evil person.

These laws are remarkably consistent with the Dunning–Kruger effect: both describe individuals who operate with "subjective certainty and a lack of awareness of harm", which makes them particularly disruptive agents at a social and relational level.

It is no coincidence that readers of this article, when reading these descriptions, tend to quickly identify examples in their own environment. What is truly disturbing (and here Cipolla is particularly lucid) is the difficulty of recognising oneself within this category, which makes stupidity a self-referentially blind phenomenon.

Conclusion

More than a future diagnostic category (who knows if it will appear in the next DSM-VI), contemporary stupidity seems to constitute a "collective relational health problem", fuelled by overexposure to unqualified opinions, the devaluation of expert knowledge, and the illusion of universal competence. Understanding the Dunning–Kruger effect not only allows us to identify "pandemic brother-in-lawism", but also to introduce a healthy dose of epistemological doubt about our own certainties. Because, ultimately, the true antidote to stupidity is no longer intelligence, but "awareness of one's own limitations".

References

- Anson, I. G. (2018). "*Partisanship, political knowledge, and the Dunning–Kruger effect*". *Electoral Studies*, 56, 119–122.
- Bauman, Z. (2000). "*Modernidad líquida*". Tusquets.
- Cebriá, J., & Cabré, J. (2005). "*La estupidez perjudica seriamente la salud*". *JANO. Humanidades Médicas*, 68, 52–56.
- Cipolla, C. M. (2013). "*Las leyes fundamentales de la estupidez humana*". Crítica.
- Dunning, D. (2011). "*The Dunning–Kruger effect: On being ignorant of one's own ignorance*". *Advances in Experimental Social Psychology*, 44, 247–296.
- Dunning, D., & Kruger, J. (1999). "*Unskilled and unaware of it*". *Journal of Personality and Social Psychology*, 77(6), 1121–1134.
- James, A. (2012). "*Assholes: A theory*". Doubleday.
- Marina, J. A. (2004). "*La inteligencia fracasada*". Anagrama.
- Marmion, J.-F. (2019). "*La psicología de la estupidez*". Alianza Editorial.
- Pennycook, G., Cheyne, J. A., Barr, N., Koehler, D. J., & Fugelsang, J. A. (2017). "*On the reception and detection of pseudo-profound bullshit*". *Judgment and Decision Making*, 10(6), 549–563.

Carlos Conde Arranz

Health and forensic psychologist.

